

go. Precisamente cuando me puse á leer la *Grecia* de Carrillo acababa la lectura de las lecciones de Penrhyn Stanley sobre la Iglesia ortodoxa. Si Carrillo se hubiese alguna vez interesado por problemas teológicos, habría visto en Grecia, de seguro, muchas cosas que no vió.

Hay en el libro que me sugiere estas líneas un capítulo titulado «El alma pagana», que merece especial comento. Es tanto lo que se habla de paganismo y de alma pagana, que conviene detenerse un poco de cuando en cuando á esclarecerlo en lo posible. Carrillo no cae en los errores y precipitaciones de otros, no; y por eso, por ser lo suyo más comedido, más razonable, más sereno que cuanto de ordinario dicen los paganizantes, por eso merece comentarlo.

Pero esto merece especial atención y más especial tratado. Bueno será, pues, dejarlo. Pero antes de cerrar estas líneas, quiero decir que para mí, un libro que me sugiere reflexiones, así sean contrarias á las del autor de él, es un libro bueno, y cuantas más reflexiones me sugiera es el libro mejor. Y Carrillo con su *Grecia* me ha hecho viajar, no tan sólo por Grecia misma, lo que vale mucho, sino por mis propios reinos interiores, lo que vale mucho más.

## JOSÉ ASUNCIÓN SILVA

Alguna otra vez he hecho notar desde estas mismas columnas, el hecho de que mientras los americanos todos se quejan, y con razón, de lo poco y lo mal que se les conoce en Europa y de las confusiones y prejuicios que respecto á ellos por aquí reinan, se da el caso de que no se conozcan mucho mejor los unos á los otros y abriguen entre sí no pocas confusiones y prejuicios.

Lo vasto de la América y la pobreza y dificultad de sus medios de comunicación contribuye á ello, ya que Méjico, v. gr., está más cerca de España ó de Inglaterra ó Francia que de la Argentina.

Me refería hace poco un escritor argentino, Ricardo Rojas, que de los ejemplares que remitió de una de sus obras desde Buenos Aires á lugares de las «tierras calientes», apenas si llegó alguno á su destino.

Por otra parte, el sentimiento colectivo de la América como de una unidad de porvenir y frente al Viejo Mundo europeo, no es aún más que un sentimiento en cierta manera erudito y en vías de

costosa formación. Hubo, sí, un momento en la historia en que toda la América española, por lo menos toda Sur América, pareció conmovirse y vivir en comunidad de visión y de sentido, y fué cuando se dieron la mano Bolívar y San Martín en las vísperas de Ayacucho; pero pasado aquel momento épico, y una vez que cada nación suramericana queda á merced de los caudillos, volvieron á un mutuo aislamiento, tal vez no menor que el de los tiempos de la colonia.

En ciertos respectos sigue todavía siendo Europa el lazo de unión entre los pueblos americanos, y el panamericanismo, si es que en realidad existe, es un ideal concebido á la europea, como otros tantos ideales que pasan por americanos.

Todo esto se me ocurre á propósito de la reciente publicación en un volumen de las *Poesías* del bogotano José Asunción Silva, que acaba de editarse en Barcelona.

Apenas habrá lector de estas líneas, con tal de ser algo versado en literatura americana contemporánea, que no haya leído alguna vez alguna de las poesías de Silva que andaban desparramadas y perdidas por antologías y revistas. Hasta hay alguna, como el *Nocturno*, que ha llegado, á hacerse famosa en ciertos círculos.

Si hablamos de eso que se ha llamado modernismo en literatura, y respecto á lo cual declaro que cada vez estoy más á oscuras acerca de lo que sea, preciso es confesar que de Silva, más que de ningún otro poeta, cabe aquí decir aquello de que fué quien nos trajo las gallinas. Se ha tomado de

él, más acaso que de otro alguno, no tan sólo tonalidades, sino artificios, no siempre imitables.

Silva se suicidó en su ciudad natal, Bogotá, el 24 de Mayo de 1896, á los treinta y cinco años y medio, sin que hayamos podido averiguar los móviles de tan funesta resolución. Aunque leyendo sus poesías se adivina la causa íntima, no ya los motivos del suicidio. Pues sabido es con cuanta frecuencia los motivos aparentes á que se cree obedece una determinación grave, y á los que la atribuyen los mismos que la toman, no son sino los pretextos de que se vale la voluntad para realizar su propósito. La voluntad, en efecto, busca motivos. Y hay voluntad suicida, voluntad reñida con la vida. Ó que tal vez huye de esta vida por amor á una vida más intensa.

Leyendo las obras de los escritores suicidas se descubre casi siempre en ellas la íntima razón del suicidio. Tal sucede entre nosotros con Larra, en Francia con Nerval y en Portugal con Antero. Y tal sucede con Silva.

A Silva, de quien no cabe decir que fuese un poeta metafísico, ni mucho menos, le acongojó el tormento de la que se ha llamado la congoja metafísica, y le atormentó, como ha atormentado á todos los más grandes poetas, cuyas dos fuentes caudales de inspiración, han sido el amor y la muerte, de los que Leopardi dijo que

Fratelli a un tempo stesso amore e morte  
ingenero la sorte.

La obsesión del más allá de la tumba; el miste-

rio detrás de la muerte, pesó sobre el alma de Silva, y pesó sobre ella con un cierto carácter infantil y primitivo. No fué, creo, ese peso resultado de una larga y paciente investigación; no fué consecuencia del desaliento filosófico, sino que fué algo primitivo y genial. La actitud de Silva me parece la de un niño cuando por fin descubre que nace para morir.

«Al dejar la prisión que las encierra  
¿qué encontrarán las almas?»

se preguntó el poeta, pero se lo preguntó como un niño.

Un ambiente de niñez, en efecto, se respira en las poesías de Silva, y las más inspiradas de ellas son á recuerdos de la infancia, ó mejor dicho, es á la presencia de la infancia, á lo que su inspiración deben. Basta leer las cuatro composiciones que en ésta, la primera edición de sus *Poesías completas*, figuran bajo el título común de «Infancia».

Tal vez se cortó Silva por propia mano el hilo de la vida por no poder seguir siendo niño en ella, porque el mundo le rompía con brutalidades el sueño poético de la infancia. Y aquí cabe recordar aquellas palabras de Leopardi en uno de sus cantos: ¿Qué vamos á hacer ahora en que se ha despedido á toda cosa de su verdura?

Cuando Silva, saliendo de la niñez fisiológica, pero siempre niño de alma, como lo es todo poeta verdadero se encontró en el duro ámbito de un mundo de combate, y presa debió de sentirse su alma delicadísima, como se encontraría un Adán

al verse arrojado del Paraíso. Fuera del Paraíso y á la vez con la inocencia perdida.

Y esa angustia metafísica se expresa en los versos de Silva del modo más ingenuo, más sencillo, más infantil y hasta balbuciente, no con las frases aceradas con que se manifiesta en los esquinosos sonetos de Antero de Quental, llenos de fórmulas que acusan la lectura de obras filosóficas.

No digo que Silva careciera de cultura, antes más bien se ve claro en sus poesías que era un espíritu cultísimo; pero dudo mucho de que su inteligencia se hubiese amestrado en una rígida disciplina mental. Sus estudios universitarios, nos dice Gómez Jaime que fueron breves y luego parece se dió á leer por su cuenta, y sospecho que más que otra cosa, literatura, y literatura francesa. No parece, sin embargo, que careciese de un cierto barniz de cultura filosófica, y tengo motivos para suponer que había leído á Taine, por lo menos, y algo de Schopenhauer, á quien cita en una de sus composiciones llamándole su maestro.

Y no digo que Schopenhauer le suicidase ó contribuyera á hacerlo, porque estoy convencido de que no son los escritores pesimistas y desesperanzados los que entristecen y amargan á almas como la de Silva, sino que más bien son las almas desesperanzadas y tristes las que buscan alimento en tales escritores.

En la poesía titulada «El mal del siglo», es Silva mismo quien nos habla del desaliento de la vida que nacía y se arraigaba en lo íntimo de él, del mal del siglo; el mismo mal de Werther, de Rolla,

34120

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
CALLE 1825 MONTERREY, MEXICO

Manfredo, de Leopardi, «un cansancio de todo, un absoluto desprecio por lo humano, un incesante renegar de lo vil de la existencia... un malestar profundo que se aumenta con todas las torturas del análisis. Y á esto le responde el médico:

«Eso es cuestión de régimen; camine de mañanita; duerma largo; báñese; beba bien; coma bien; cuidese mucho; ¡lo que usted tiene es hambre!»

Y hambre era, en efecto; hambre de eternidad. Hambre de eternidad, de vida inacabable, de más vida, que es lo que á tantos los ha llevado á la desesperación y hasta al suicidio.

Porque es cosa curiosa el observar que es á los más enamorados de la vida, á los que la quieren inacabable, á los que se acusa de odiadores de la vida. Por amor á la vida, por desenfrenado amor á ella, puede un hombre retirarse al desierto á vivir vida pasajera de penitencia en vista de la consecución de la gloria eterna, de la verdadera vida perdurable, y por hastío de la vida, por odio á ella, se lanza más de uno á una existencia de placeres. Podrá estar equivocado el anacoreta, y ó no existir para nosotros vida alguna después de la muerte corporal, ó aun en caso de que exista, no ser el camino que él toma el mejor para conseguirla feliz, pero acusarle de odiador de la vida, no es más que una simpleza.

El paganismo, el hoy tan decantado paganismo por los que hacen profesión de anticristianos, vino en sus postrimerías á dar en un hastío y desencanto de la vida, en un tétrico pesimismo. Pocas cosas hay más sombrías que el crepúsculo del paga-

nismo. Y si la religión de Cristo prendió, arraigó y se extendió tan pronto, fué porque predicaba el amor á la vida, el verdadero amor á la verdadera vida y la esperanza de la resurrección final. Más agudo y perspicaz era Schopenhauer al combatir el cristianismo por optimista, que aquellos espíritus ligeros que le acusan de haber entenebrecido la vida. La esperanza de resurrección final fué el más poderoso resorte de acción humana, y Cristo el más grande creador de energías.

Ese amor á la vida, mamado por Silva en el apacible remanso de Bogotá, en aquella encantada Colombia, la de los días iguales y la perenne primavera, la de las costumbres arraigadas; ese amor debió de padecer sobresaltos, merced al sosiego mismo y á las brisas heladas que desde Evropa le llegaban.

Hay una circunstancia además que nos explica el que se exacerbara su tristeza ingénita, y es que un año antes de haberse despojado voluntariamente de la vida, en el naufragio de *L'Amérique*, ocurrido en las costas de Colombia en 1895, se perdieron los más de los escritos de Silva, tanto en verso como en prosa. Se puede, pues, decir que el libro ahora editado es el resto de un naufragio. Y es menester haber pasado años vertiendo al papel lo mejor de la propia alma para comprender lo que haya de afectarle á uno al verse de pronto sin ello.

Hay un fragmento en prosa de Silva, el titulado «De sobremesa», que nos hace sospechar si acaso no presintió á la locura y para huir de ella se quitó la vida. Concluye así:

«¿Loco?... ¿y por qué no? Así murió Baudelaire, el más grande para los verdaderos letrados de los poetas de los últimos cincuenta años; así murió Maupassant, sintiendo crecer alrededor de su espíritu la noche y reclamando sus ideas... ¿Por qué no has de morir así, pobre degenerado, que abusaste de todo, que soñaste con dominar el arte, con poseer la ciencia, toda la ciencia, y con agotar todas las copas en que brinda la vida las embriagueces supremas?»

En este párrafo hay, entre otras cosas significativas, una que lo es mucho, cual es la de llamar á Baudelaire el más grande, «para los verdaderos letrados», de los poetas de los últimos cincuenta años, cuando en esos años hubo en Francia otros poetas á quienes suele ponerse por encima de Baudelaire. Y digo en Francia, porque de los poetas de otros países, ingleses, italianos, alemanes, escandinavos, rusos, etc., no era cosa de pedir á Silva, dado el ambiente americano de su tiempo, un regular conocimiento. Es muy fácil que de Browning ó de Walt Whitman, pongo por caso, no conociera ni el nombre —no andaban, ni anda aún más que en parte uno de ellos, traducido al francés—y de Carducci acaso poco más que el nombre.

Y fué lástima. Porque es seguro que de haberlos conocido, de haberse familiarizado algo con la maravillosa poesía lírica inglesa del pasado siglo —tan superior en conjunto á la lírica francesa, en el fondo lógica, sensual y fría—habría encontrado otros tonos. ¿Qué no le hubieran dicho á Silva Cowper, Burns, Wordsworth, Shelley, lord By-

ron—á éste lo conocería—Tennyson, Swinburne, Longfellow, Browning, Isabel Barret Browning, Cristina Rossetti, Thomson (el del pasado siglo, no el otro), Keats, y en general, todo el espléndido coro lírico de la poesía inglesa del siglo XIX? Es muy fácil que le hubieran levantado el ánimo tan to como Baudelaire se lo deprimió y abatió.

¡Pobre Silva!

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
CALLE 1628 MONTERREY, MEXICO

## LA IMAGINACIÓN EN COCHABAMBA

Hoy vuelvo al precioso libro *Pueblo enfermo*, del boliviano Alcides Arguedas. Ya os dije que este libro, rico en instrucciones y en sugerencias, había de darme pie para más de una de estas conversaciones, que no otra cosa son estas mis correspondencias.

En el capítulo III de su obra, capítulo que se titula *Psicología regional*, nos dice el señor Arguedas, hablando del pueblo cochabambino, que lo que se observa en él, «desde el primer momento en que se le estudia, es un desborde imaginativo amplio, fecundo en ilusiones, ó mejor, en visiones de carácter sentimental». Es esta afirmación de ser los cochabambinos imaginativos, la que voy á estudiar y á rectificar con datos que el mismo señor Arguedas ha de proporcionarnos.

Necesito, ante todo, establecer un principio, y es el de que, generalmente, se confunde la imaginación con la facundia, con la memoria, ó con la vivacidad de expresión. Imaginación es la facultad de crear imágenes, de crearlas, no de imitarlas ó repetirlas, é imaginación es, en general, la

facultad de representarse vivamente, y como si fuese real, lo que no lo es, y de ponerse en el caso de otro y ver las cosas como él las vería. Y así resulta que llaman imaginativos á los individuos y á los pueblos que menos lo son.

Aquí, en España, pongo por caso, es corriente oír decir que los andaluces tienen mucha imaginación, y, sin embargo, todos os cuentan los mismos cuentos y chascarrillos, y de la misma manera, y si les quitáis el gesto, la mímica, el acento, apenas os queda cosa de sustancia imaginativa. Sus poetas, pareciéndose en esto á los arábigos, están dándoles vueltas siempre á las mismas metáforas, las del acervo común.

Hay quien dice que Zorrilla era un poeta de poderosa imaginación, y yo os invito á que lo leáis todo entero, si es que tenéis paciencia para tanto, y veáis cuántas imágenes creó aquel hombre en tantas estrofas, y tan hojarascosas y palabreras, como compuso en su vida. Sus metáforas son, por lo común, las del común acervo.

Es más aún, y es que en este pueblo que se cree imaginativo, porque es redundante y palabrero, la imaginación cansa y molesta. Difícilmente se resiste el más genuino producto de la imaginación; la paradoja. La monotonía y la ramplonería en el pensar son aplastantes.

Y ahora volvamos á Cochabamba, ya que esta remota ciudad boliviana me parece para el caso una ejemplificación de la América española.

Porque también los hispano-americanos presumen de imaginativos, á mi parecer, sin gran fun-

damento. Son, en general, como nosotros los españoles, más palabreros que imaginativos.

Dice Arguedas que los cochabambinos aman la música de fácil comprensión, «de giros suaves, la crimosos», es decir, añadido yo, la que exige menor esfuerzo imaginativo, menos colaboración activa del que oye. Luego habla de pueblos de «imaginación seca, meditativos y observadores». ¡Aquí está el punto! ¡Imaginación seca! ¡Seca! Siendo seca, muy seca, puede ser mucho más imaginación que la mojada, que la hojarascosa. Lo seco no se opone á lo imaginativo. Seca y ardiente es la imaginación robusta y no húmeda y fría. La poesía seca, escueta, sobria, concentrada, exige mayor esfuerzo de imaginación que no la húmeda, ampulosa y exuberante. ¡Pueblos meditativos y observadores!... Meditar es cosa de imaginación y observar también. Los pueblos que no saben recogerse á meditar y expansionarse á observar, es por falta de imaginación, no por sobra de ella.

En Cachabamba más que en ningún otro pueblo se observa la intemperancia religiosa, nos dice el señor Arguedas, añadiendo: «Las masas, enteramente devotas, no consienten ni aceptan ninguna creencia fuera de la suya; adoran sus dogmas con enérgico apasionamiento y les parece que consintiendo la exteriorización de otros ofenderían gravemente su divinidad. Son fáciles á exaltarse enfrente de los disidentes y los indiferentes. Aun las elevadas clases sociales son intolerantes.» ¿Y esto que es sino pobreza imaginativa? ¿De dónde si no de falta de imaginación proviene la intolerancia?

El intolerante lo es no porque se imagine con gran vigor sus propias creencias, no porque se las imagine con tanto relieve que excluyan las demás, sino por ser incapaz de ponerse en la situación de los otros y ver las cosas como ellos las verían. El poderoso dramaturgo siente con igual fuerza las situaciones más opuestas; el autor de un diálogo polémico ahora opina esto y luego lo contrario. Los más grandes imaginativos son los que han sabido ver el fondo de verdad que hay en las más opuestas ideas. Los dogmáticos lo son por pobreza imaginativa. La riqueza imaginativa le lleva al hombre á contradecirse á los ojos de los pobres en imaginación.

Luego el autor nos habla de los jóvenes cochabambinos «cuya especialidad consiste en el aprendizaje casi memorial de las disposiciones de los códigos» jóvenes que «hablan siempre con absoluta seguridad de lo que dicen», jóvenes «aficionados á evocar épocas remotas, citar nombres de héroes griegos ó romanos y narrar con sus detalles los culminantes episodios de la revolución francesa». Y todo esto ¿qué es sino pobreza imaginativa? Pobreza imaginativa es aprenderse códigos de memoria, y obra también de memoria, y no de imaginación, es evocar nombres y fechas gloriosas.

«Además, en Cochabamba — sigue diciéndonos Arguedas—por su situación aislada, poco cambian las costumbres, y no se renuevan casi nunca.» ¿Para qué les sirve entonces la imaginación? «Los hombres crecer y se desarrollan bajo una modali-

dad uniforme, y para ellos es casi un crimen romper, de hecho, con lo tradicional...» Es decir, falta de imaginación. Y á falta de imaginación, y no á otra cosa que á falta ó pobreza de ella hay que atribuir el que el cochabambino «no conciba otro cielo mejor, otro clima más bondadoso, otros aires más puros, que el cielo, el clima y los aires de Cochabamba». No es en rigor que no lo conciba; es que no se lo imagina. Y no se lo imagina por falta de imaginación, que no por sobra de ella. Los pueblos que se creen los mejores suelen ser pueblos inimaginativos.

«Cochabamba es pueblo esencialmente mediterráneo: procede de la raza quechua, raza soñadora, tímida, profundamente moral, poco ó nada emprendedora...» ¿Soñadora? ¿Qué quiere decir eso de soñadora? ¿La raza quechua es que soñaba ó que dormía? Y además, hay muchas maneras de soñar y hay pueblos, pueblos imaginativos que se pasan la vida soñando, pero siempre el mismo sueño y de la misma manera. Para el imaginativo la vida es sueño y es para él la vida sueño porque el sueño es vida, porque sus sueños tienen realidad de cosas vivientes. El imaginativo sueña, reproduce, reconstruye, hace propio lo mismo que ve y es emprendedor. Un hombre de negocios emprendedor sueña los negocios, y en cambio no puede decirse que sueña el que se tiende sobre la hamaca á fumar pensando en los ojos de su novia. No hay nada más pobre, desde el punto de vista de la imaginación, que la poesía erótica.

Nos dice luego el autor hablándonos no ya de

Cochachamba, sino de Chuquisaca que «un joven chuquisaqueño sabe cuando está bien hecha la raya de su pantalón, y para él es cosa grave y transcendental el saber partir en dos, matemáticamente, su cabellera». Y esto no es tampoco más que falta de imaginación.

Al final del capítulo dice el autor: «Todo lo de aspecto pomposo, sinuoso, festoneado, enguinaldado, bonito, fácil de comprender, nos seduce y entusiasma. En arquitectura, lo rococó; en música, la melodía sentimental; en pintura, los paisajes ó escenas de caza ó guerra, si no el desnudo; en escultura, de igual modo, el desnudo, pero no el clásico, sereno y púdico. La simplicidad de rasgos ó de líneas, jamás nos dice nada. En medio de esta civilización europea, permanecemos impasibles por falta de comprensión, y sólo sentimos entusiasmo por esas brillantes exterioridades que se ofrecen á la sensualidad y son comprensibles sólo en su grosera apariencia, y aun esto por poco tiempo, pues despierta en nosotros el espíritu tartiniano, y... ¡adiós entusiasmo! ¡adiós admiración! permanecemos irreductibles firmemente convencidos de que por acá podrá haber todo menos un «cielo» como aquél, un «aire» tan puro, ni «bosques» tan frondosos, ni «aves» tan pintadas, ni «ríos» tan caudalosos, ni «montañas» tan elevadas.»

Acabé de leer esto, y me dije: ¿Pero es que esto se escribe sólo en Bolivia? Y luego me fijé en aquello de que buscan lo «fácil de comprender» y más adelante en lo de permanecer impasibles por

«falta de comprensión». Yo pondría lo «fácil de imaginar» y «falta de imaginación». Es falta de imaginación, en efecto, lo que hace que uno permanezca impasible ante los exquisitos tesoros artísticos en que ha cuajado la historia y delante de un templo románico no piense sino en la incomodidad del empedrado.

En el capítulo V y bajo el título de «Una de las enfermedades nacionales»—¿de Bolivia sólo?— trata el autor de la megalomanía, é inserta fragmentos de un folleto titulado *La Palabra*, que en 1906 publicó un candidato á diputado por la ciudad de la Paz. «Hombre torrente» le llama el autor, y este hombre torrente, palabrero y altisonante, revela la mayor pobreza imaginativa. Todo eso de que la voz del pueblo es como el rugido de los leones en el desierto, y que si se encoleriza brama en grandes oleajes que se levantan rugiendo espirales tremendas y caen mugiendo en las rocas de los mares, todo lo de la caverna de Eolo, donde se oye el rugir vertiginoso de los grandes huracanes», todo eso se ha dicho miles de veces, todo eso es una mera repetición de los decrepitos lugares comunes que vienen hace siglos rodando de pluma en pluma y de boca en boca, todo eso arguye pobreza imaginativa. La poderosa imaginación es sobria, ceñida, precisa.

«La oratoria es preocupación general—añade Arguedas,—se ha visto que la palabra eleva y da prestigio; hoy son oradores todos. Faltan ideas, pero desborda el verbo.» Y si faltan ideas y desborda el verbo, es porque falta imaginación, de

de donde las ideas brotan, y sobra memoria, donde las palabras se almacenan.

En otro pasaje dice el Sr. Arguedas de sus paisanos, que son ágiles de cerebro. Y yo pregunto: ¿Ágiles de cerebro ó ágiles de lengua? Porque la agilidad de cerebro no se compadece con el apego á la rutina que, según el mismo autor, les caracteriza.

No; en esto de la imaginación reinan grandes confusiones. Se toma por imaginación lo que no es sino facundia y una perniciosa facilidad de hablar ó de escribir. La afluencia de palabra no supone imaginación. Ahí, en esa América española, como aquí, en muchas regiones de esta nuestra España, apenas hay á cierta edad joven que no haya perpetrado algunas rimas á su novia, á su madre ó á unos supuestos primeros desengaños; pero eso no arguye imaginación, eso no arguye más que una funestísima facilidad para rimar palabras con todos los lugares comunes de la entre nosotros llamada poesía. No creo que haya una tal facilidad entre los jóvenes ingleses, y sin embargo, es dudoso que haya una poesía lírica más verdaderamente poética, más exquisita, más imaginativa, más verdaderamente imaginativa que la poesía lírica inglesa, que la poesía lírica de ese pueblo al que muchos de nuestros papanatas tienen por poco imaginativo. Para descubrir las leyes de Newton, para inventar la máquina de vapor ó el telar mecánico hace falta enormemente más imaginación—imaginación, así como suena, imaginación y no sólo ciencia ni paciencia—que para

escribir las oquedades fonográficas del folleto *La Palabra*. Si no tenemos ni filosofía ni ciencia propias, es por no tener imaginación suficiente para hacerlas, y por esta insuficiencia imaginativa es tan hueca, tan vaciamente sonora, tan vulgar, tan monótona, nuestra literatura de lugares comunes.

No es sólo en Cochabamba, en casi toda la América española, en casi toda España se dice que tiene mucha imaginación un caballero que se sabe todos los más retumbantes y los más floridos—con flor de trapo—lugares comunes retóricos y los zurce con gran facilidad en un momento dado. Pero cuando surge algo verdadera y hondamente imaginativo, algo que nos obliga á detenernos para imaginarlo, casi todos estamos pronto á denigrarlo como extravagancia ó paradoja.

No, ni el verboso y rimbombante es imaginativo, ni el vivo, el listo, es inteligente. Hay que temer á los hombres de comprensión rápida; los que parecen comprender algo pronto, lo comprenden casi siempre mal. Entre nosotros, y creo que ahí más aún, sustituye á la sana comprensión, á la que se funda en simpatía humana, una cierta malicia. Somos pueblos maliciosos, recelosos, propensos á la burla, siempre con miedo de que se nos tome de primos, siempre temiendo una emboscada ó un engaño. Nuestra preocupación ante un desconocido es buscarle el flaco. Y luego el empeño de no admirarnos. El admirarse es cosa de patanes.

¿Que viene acá X., una celebridad allá en su tierra? Vamos á oírle, es decir, vamos á verle. Lo

mismo da que sea un gran químico que un gran filósofo, que un literato, que un tenor, que una bailarina, que un trapecista; lo que importa es poder decir que se ha visto al oso blanco. Y ver si es rubio ó moreno y si viste mejor ó peor, y cómo lleva la corbata, y qué tal acciona, y qué tal voz tiene. ¿Lo que dice?, y eso, ¿á quién le importa? A lo sumo como lo diga. Pero sobre todo y ante todo poder decir que le hemos tenido aquí, contratado, al famoso «divo», sea de la ciencia, sea del arte, sea de la religión. Y luego, en el fondo, no hay que admirarse. Eso de admirarse es cosa de pobres provincianos. El que tiene que admirarse es él, el «divo», de que le hayamos traído y le hayamos escuchado y le hayamos aplaudido. Y que no se crea que nos sorprende. No, no hay que dejarse sorprender; el dejarse sorprender es cosa de ingenuos, y la ingenuidad...

A nada hay más miedo entre nosotros; á nada hay más miedo entre vosotros que á pecar de ingenuo. Desde niños nos educan á ser maliciosos, á ser suspicaces. Y pasa por más vivo, por más listo, el más suspicaz y más malicioso. Se admira un artículo felino, reticente, en que el autor procuró reventar á alguien con las más corteses formas. Esa indecente y repugnanté costumbre de lo que aquí llamamos tomar el pelo, del choteo, del macaneo ó como queráis llamarlo—todo lo indecoroso tiene muchos nombres—esa costumbre es un estigma.

Un muchacho que había pasado tres años en un colegio inglés venía maravillado de la ingenuidad,

de la simplicidad de los muchachos ingleses. Son de lo más infantiles — me decía;— cada uno de nosotros á los doce años les damos cien vueltas: no sospechan que se les esté tomando el pelo; lo creen todo; les falta malicia. Y al oír á este joven español estas cosas, pensé en esa poderosa é íntima lírica inglesa, tal vez el más rico tesoro de imaginación de los tiempos modernos.

Hay que desacreditar esa imaginación que según el señor Arguedas distingue á los cochambabinos y hay que repetir una y mil veces que eso no es imaginación; hay que desacreditar esa viveza de nuestros vivos y de vuestros vivos, esa viveza hija de malicia y que florece en burlas y en tomaduras de pelo. La verdadera imaginación es seria y grave; la más honda inteligencia desconoce las burlas hábiles y las habilidades felinas. Esa torpe viveza, hija del recelo y de la envidia, es productora de mala fe, de donde fluyen las perfidias. Y no quiero aquí recordar las terribles palabras de Bolívar, que el Sr. Arguedas estampa al principio del capítulo IX de su obra.

Ahora quiero hablaros de otro vicio de que el autor del libro *Pueblo enfermo* nos habla varias veces, de otro vicio que no deja de tener íntimas afinidades con esa viveza maliciosa, de un vicio de que habló terriblemente en Chile, Lastarria, de un vicio que carcome á los pueblos habladores é imaginativos. Me refiero á la envidia, á la terrible envidia, compañera inseparable de la vanidad.

UNIVERSIDAD DE MONTERREY, COAH.  
BIBLIOTECA DE LA  
"ALFONSO DE ULS"  
No. 1825 MONTERREY, MEXICO

## DE CEPA CRIOLLA

Cuando me disponía á ordenar las notas que sobre la religión y la religiosidad griegas fuí formando mientras leía la tan sugestiva «Grecia» de Gómez Carrillo, hete aquí que viene á dar en mis manos el libro de Martiniano Leguizamón que lleva por título el mismo que esta correspondencia: «De cepa criolla».

Hace años que conozco á Leguizamón como escritor y cuando publicaba en *La Lectura* de Madrid notas bibliográfico-críticas sobre libros hispanoamericanos publiqué alguna sobre algunos de sus libros.

Una circunstancia especialísima hizo que me fijase en él, y fué su apellido. Este apellido Leguizamón, que creo recordar es también el de un gaucho famoso que figura ó en la historia de Juan Moreira ó en otra análoga — pues escribo esto sin tener los libros delante — es uno de los apellidos más genuinos de mi tierra vasca. Los Leguizamón figuran entre los más célebres banderizos que ensangrentaron con sus luchas fratricidas á Vizcaya allá en las postrimerías de la Edad Media, y aun

hoy día quedan restos de la antigua casa-torre de los Leguizamón á orillas del río Nervión ó Ibaizabal, el que atraviesa Bilbao, y no lejos de ésta, mi villa nativa. Y es por cierto el rincón solariego de los Leguizamón uno de los más apacibles y más recogidos rincones de que en los alrededores de Bilbao puede gozarse.

Este atractivo de su nombre me ha hecho leer los libros de Martiniano Leguizamón, y la lectura de ellos me ha movido á leer este nuevo. Y además, lo mucho que me interesa eso que llaman criollismo.

En las breves y algo dispersas notas que van á seguir he de recalcar forzosamente sobre conceptos que antes de ahora he expuesto en estas mismas columnas; pero soy de los que creen que la repetición es lo único eficaz en la vida, ya que la vida misma no es sino repetición.

Si bien se mira, se observará que los escritores y pensadores que más profunda traza han dejado sobre el espíritu humano han sido, por lo general, hombres de muy pocas, pero muy hondas y arraigadas ideas, y que sus obras giran en derredor de unos cuantos, muy pocos, conceptos fundamentales, aunque conceptos muy comprensivos. Y por algo enseñaba Santo Tomás que según se asciende en la escala de las inteligencias se comprende el universo con menos ideas hasta llegar á Dios que lo ve en una sola, la de sí mismo.

Me he propuesto, pues, siempre reducir mis concepciones á unas pocas ideas y de aquí el que tienda á una cierta monotonía y repetición de conceptos.

Y dejando todo esto voy á ir pasando en revista algunas de las afirmaciones de Leguizamón, en su libro de cepa criolla.

Hablando del lenguaje de Hidalgo nos dice Leguizamón (pág. 12) que aunque el tal lenguaje no es nuevo ni original por derivar del antiguo romance castellano, no puede negarse que el asunto regional ya le da una fisonomía distinta y que la adopción de modismos del país—en que el guaraní, el quichua y el araucano contribuyeron con gran aporte de voces nuevas—ha concluído por marcar diferencias entre el lenguaje popular en la madre patria y el del criollo rioplatense. Y en la página siguiente añade que «como eran diametralmente diversas las tendencias del criollo y del peninsular, no podía ser idéntico su lenguaje».

¿Diametralmente diversas? ¿Pero es que acaso Leguizamón conoce bien al campesino peninsular? ¿Es que ha estado alguna vez en España—y no sólo en Madrid—y ha estudiado el pueblo de que procede el pueblo criollo? Pues yo le digo que quien quiera encontrar en la literatura criolla algo profundo y netamente español debe ir á buscarlo, como yo lo he hecho, en Hidalgo mismo, en Ascasubi, en Estanislao del Campo, en José Hernández. Todo ello es profunda é intensamente español, incluso el lenguaje. Como dije en un estudio que hace ya años dediqué al «Martín Fierro», parece que al encontrarse los españoles ahí en condiciones sociales y de lucha análogas á las que aquí produjeron nuestros viejos romances, el alma del romancero resucitó.

Cierto es que el mismo Leguizamón llama poco antes á la guitarra «guitarra nacional» y llamarle en la Argentina nacional á la guitarra es un desahogo del mismo género que llamarle idioma nacional al idioma castellano ó español que en ella se habla.

Sí, nacionales son una y otro, ambos argentinos, pero es porque ambos son españoles. Me figuro que en los Estados Unidos llamarán lengua inglesa á la lengua que allí se habla.

Y cuanto más se estudia el habla criolla, tanto más se convence uno de que muchas voces y giros que en América se estiman de origen guaraní, quichua ó araucano, son genuinamente españoles. Y son voces y giros que no están anticuados en España en el habla popular de los campos, diga lo que quiera el Diccionario de la Academia, al cual nadie le hace aquí más caso que en América pueda hacersele. No, «ramada», v. gr., en el sentido que Leguizamón nos la presenta, no es voz anticuada en España. La he oído yo.

Recuerdo que hablando un día en mi cátedra de gramática histórica de la lengua española—oficialmente se le denomina de «filología comparada de latín y castellano»—de la voz «brincar» ind qué como en portugués significa «jugar ó jugar con algo» y se llama «brinco» á un juguete, siendo su acepción primitiva la de pendiente de la oreja ó arracada, derivándose del latín «vinculu», que con pérdida de la vocal postónica interna dió «vinclo» con el tan frecuente cambio de l en r «vincro» y con la no menos frecuente metátesis de la r

«brinco». Y añadí: «si la palabra latina «vinculu» lazo, atadero, y su plural neutro «vincula» hubieran pasado al castellano, habrían tomado la forma «vincho, vincha» como «cingulu» dió «cincho, trunculu» troncho, «mancula» (y no macula) mancha, «conchula» concha, etc.». Y agregué: «y no podemos decir que la tal palabra, con algún sentido derivado del sentido del «vinculu» latino, no subsista en alguna parte». Y poco después la leía en el hermosísimo libro de Ricardo Rojas «En el país de la selva» y cuando aquí estuvo Rojas hablé con él del caso.

Y por cierto, ya que he citado á Rojas, he de decir que este intensísimo escritor, con Lugones, con Larreta—el autor de «La gloria de don Ramiro», admirabilísima pintura de la España de Felipe II, y de la que os hablaré—y con otros, al marcar una tendencia hacia el casticismo castellano, no sólo no renuncian á lo castizo criollo, sino que lo realzan y ahondan. Es que las raíces de uno y otro son comunes y no hay nada de eso de lo «diametralmente» diverso. Si Leguizamón viajara por pueblos y lugares de España, y sobre todo de Andalucía y Extremadura, se convencería de ello.

«¿Charamuscas?... palabra insurgente, barbarismo criollo, exclamará con desdén el lector español», nos dice Leguizamón. No, amigo, no; el lector español no exclamará semejante cosa y menos con desdén. Y además, el lector español lo que no dirá es lo de «insurgente», porque esta palabra, que por lo demás está muy bien y es muy correc-

ta, no la usa el pueblo español ni creo que la use el pueblo argentino y sí sólo los escritores. Y es en esto, en los neologismos que inventan los escritores, no en los del pueblo, en lo que se distinguen un poco, muy poco y nada diametralmente, el español que se escribe en España y el que se escribe en la Argentina. Es la lengua de la política, de la banca, del deporte, la lengua de las clases acomodadas, la que se distingue un poco más.

Esa voz *charamusca* tiene una fisonomía muy netamente castellana y no me extrañaría que se conservase aún por acá—aunque yo no la he oído—y parece haber nacido de una acción de influencia analógica entre las voces «*chamarasca*» y «*chamuscarse*» lo mismo que aquí, en Salamanca, la voz «*uña*» ha influido en «*arañar*», convirtiéndola en «*aruñar*». Y respecto á la metátesis de «*chamarasca*» en «*charamusca*» no hay sino recordar, entre otros casos, que «*chiribitil*» pasando por «*chibiritil*» deriva de «*chibitiril*», que es diminutivo de «*chibitero*» que es como llaman los campesinos, por lo menos los de esta tierra, al cobertizo en que se guardan los chivos.

«Ella—es decir, la Real Academia—sigue encastillada en sus vetustas interpretaciones, sorda á toda voz que venga de más allá de las fronteras peninsulares; mientras nosotros, desde que nos «*independizamos*»—dando vida á este verbo insurgente, como dice con no poca gracia Ricardo Palma—no nos cuidamos mucho en averiguar si tal ó cual locución está en el diccionario, bastándonos saber que es de uso corriente y que respon-

de á una necesidad idiomática, para emplearla». Así escribe Leguizamón.

Aquí hay dos cosas. La primera es la de que la Real Academia Española se haya resistido á incluir en su diccionario voces ó acepciones americanas, y esto es inexacto. Más oído ha prestado á voces venidas de más allá de las fronteras peninsulares que no á voces regionales y locales de España misma; más vocablos de uso americano acogió en su última edición, que no provincialismos españoles. Y así sucede que algunas de esas voces ó algunas de esas acepciones, que como americanas registra, son voces y acepciones corrientes en alguna región de España, aunque la Academia lo ignore.

Lo segundo, es eso de que los americanos de lengua española no se cuiden mucho en averiguar si tal ó cual locución está en el diccionario. En esto no están solos: nos sucede lo mismo á nosotros. Tampoco los españoles—fuera de algunos mentecatos, cada vez menos, por fortuna—cuando hablamos ó escribimos nos cuidamos de averiguar si la Academia ha sancionado ó no las voces de que nos servimos.

Eso de la Academia es para muchos un coco, algo así como la inquisición ó el jesuitismo ó la intolerancia. Y el caso es que, hoy por hoy, España es uno de los países menos inquisitoriales y menos académicos de Europa; desde luego, mucho, muchísimo menos que Francia.

Acaban de pasar por esta ciudad de Salamanca cuatro distinguidos profesores de la Universidad

de Burdeos, y entre ellos su rector, M. Thamin. Y una de las cosas de que más se han sorprendido es de la grande, de la grandísima, de la casi ilimitada libertad de que goza el catedrático español en su cátedra. En la vecina república se cuidará muy mucho un profesor oficial de combatir en su cátedra las instituciones fundamentales del estado ó de explicar la historia de Francia con tendencias legitimistas, y cosas análogas se hacen aquí sin peligro alguno. Al rector de la Universidad de Burdeos le sorprendió ver fijado en la esquina de una calle un cartel convocando á una reunión para el día de hoy — 11 de Febrero — para conmemorar el aniversario de la proclamación de la república española en 1873. «¿Pero es que no hay monarquía en España?», preguntaba, añadiendo: «¿Y cómo consiente esto el gobierno?» Y hube de explicar cómo en España lo más liberal que hay son los gobiernos, incluso los conservadores—y acaso éstos no menos que los otros—es el Estado. Si alguna intolerancia hay—y es mucha menos de lo que se dice—será en las costumbres: en la aplicación de las leyes reina el espíritu de más amplia libertad.

Y en cuanto al academicismo, dudo que haya país menos académico. Y la reacción contra la ampulosidad lírica quintanesca, de que también nos habla Leguizamón, no fué en España menor que en América. Cuando el quintanismo dominaba en España, dominaba también, y no con menos fuerzas, en la América española, y es difícil encontrar aquí un poeta más quintanista que Olmedo, pongo por caso de poeta hispanoamericano.

Los movimientos literarios han sido sincrónicos en España y en la América española. Cuando aquí se quintanizaba, se quintanizaba allí; cuando Larra nacía aquí furor, Alberdi le imitaba en la Argentina: Núñez de Arce reinó algún tiempo en uno y otro hemisferio. Y más recientemente, la influencia de Rubén Darío no ha sido aquí menor que allende el océano. El mismo afrancesamiento de las letras americanas—mucho menor y mucho más superficial de lo que se cree comunmente—ha sido un afrancesamiento mediato, á través de traducciones y de imitaciones españolas.

Y ahora, para concluir «por ahora» con esto, he de permitirme dirigir, más que un consejo, una indicación al autor «De cepa criolla». Y es que cuando quiera hacer comparaciones entre las cosas de su tierra y las cosas de España buscando diametrales divergencias entre ellas, ni haga gran caso de lo que lea en los más de los escritores españoles que se dirigen á los lectores americanos—el lector dirá: ¡pues tú eres uno de ellos!—ni de lo que oiga á los emigrantes. Que no haga gran caso de lo que lea en los corresponsales españoles de diarios americanos, porque los españoles tenemos, con raras excepciones, la manía de calumniarnos y de creer que son peculiares nuestros males y de exagerarlos. Y que no haga gran caso de lo que oiga á los emigrantes, porque éstos no proceden, por lo común, y esto no es denigrarlos ni mucho menos, de las clases más cultas. El emigrante, sea de donde fuere, no es el que mejor representa á su patria.

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MEXICO  
BIBLIOTECA DE LA FACULTAD DE LETRAS  
"ALFONSO REYES"  
No. 1825 MONTERREY, MEXICO

Es más que probable que si alguna vez se encuentra un criollo con un español le critique un vocablo ó un giro genuino y castizamente español. Corren en boca del pueblo argentino muchedumbre de vocablos y de giros de origen andaluz ó extremeño que no habrá oído en su vida un vasco, un asturiano, un montañés, un gallego ó un catalán. Precisamente hasta hace poco la emigración á la América partía, sobre todo, de las regiones españolas en que no tiene tradición el lenguaje castellano, de las regiones en que aún se conserva el vascuence, el bable, el pasiego, el gallego ú otra habla no genuinamente castellana. Y esta emigración se encontraba con un pueblo cuya más primitiva y más genuina cepa popular era, sobre todo, de origen andaluz y extremeño, como procedente de aquellos tiempos en que era de Sevilla de donde partían los más de los aventureros que se embarcaban para las Indias Occidentales. Y esta primitiva cepa criolla, la cepa andaluza y extremeña, no ha sido borrada en mucho tiempo por los sucesivos aluviones de gentes del litoral cantábrico.

Créame Leguizamón: cuanto más leo á los escritores americanos que critican el criollismo, más me convenzo de que en ese criollismo entra lo español andaluz, extremeño y castellano casi por todo, y casi por nada lo guaraní, quichua ó araucano. Aunque tampoco me extrañaría que hubiese secretas é íntimas afinidades entre andaluces, extremeños y castellanos de un lado y de otro lado guaraníes, quichuas y araucanos. Muy representa-

tivos me parecen aquel Almagro hijo, el mestizo, que tanto papel jugó en las primitivas guerras civiles del Perú y aquel historiador Garcilaso de la Vega, mestizo también como él y que narró sus hazañas. Uno y otro tan españoles como indios.